

*Ideología y teoría: deslinde científico,  
filosófico y pragmático*

Manuel Zevallos Vera \*

Lex

\* Doctor en Filosofía y Profesor Emérito de la UNSA, Doctor Honoris Causa de la UAP, Amauta del Perú.



Los círculos filosóficos, académicos y políticos mantienen un debate, ora riguroso y principista, cuando se procede con doctrina, y ora indulgente, simple y comprometido, cuando se procede con prejuicio sectario, acerca del contenido, las limitaciones y las interrelaciones de los conceptos de teoría e ideología.

En unos casos, los ideólogos, tal lo hicieron los padres del socialismo científico contra Don Eugenio During, que atacaron sin clemencia las posturas puristas y subjetivas de filósofos y teóricos cuyos postulados pareciera que nada tuvieran que hacer con la realidad social. En otros casos, como ocurre con los puritanos del idealismo, condenan a los ideólogos del materialismo dialéctico, por ejemplo, de mistificar a la filosofía.

Sin ánimo de decir la última palabra en este diálogo en cultura y en filosofía, jamás se podrá decir la última palabra mientras exista el animal metafísico del que habla Schopenhauer, pretendo sí participar en el debate, acotar algunas opiniones y escuchar luego la palabra de quienes con mayor autoridad y seso continúen este parlamento.

El debate puede generalizarse en las dos tesis siguientes. Ideología es la aplicación de los principios teóricos a la práctica social, buscando la satisfacción de las necesidades inmediatas de los hombres; en tanto que la teoría es diferente a la ideología, pues no le preocupa los fenómenos sociales, afectados a lo contingente, sino la verdad poseída de lo eterno y permanente. La ideología es una actitud emotiva y relativa, en tanto que la teoría es una expresión racional, por lo tanto, la ideología, en la verdadera acepción epistemológica, no es una filosofía, sino un programa pragmático para la acción social, según las necesidades del grupo.

Ideología es una concepción social, sustentada en bases teóricas y en principios filosóficos que explican el proceso genético y conflictivo de la sociedad y sus relaciones supraestructurales, sustentando un programa de acción con miras a la sustitución de los actuales valores morales, sociales, políticos, por otros que se consideran y conciben más en armonía con los intereses y las necesidades de la colectividad. Para esta tesis, la ideología es el producto natural de los

planteamientos teóricos y la finalidad de todo filosofar. Así como la naturaleza “es la piedra de toque” para comprobar las aseveraciones de la ciencia; así mismo la sociedad debe ser el campo de experimento para probar las excelencias de las especulaciones filosóficas, de otra forma, la teoría y la filosofía no tendrían objeto, serían labor ociosa e inoficiosa.

Empero, cabe aclarar que dicha polarización no entraña, desde nuestro punto de vista, una definición entre las dos grandes corrientes del pensamiento filosófico: Idealismo y materialismo, ya que se puede permanecer leales a determinados principios ideológicos y reconocer para la teoría un mayor rango y un sitio independiente de las pequeñas preocupaciones o de los grandes conflictos de los hombres, en tanto entes sociales; pero también es dable reconocer que estas pequeñas o grandes preocupaciones son el nervio, el estímulo y el motor de los desvelos teóricos y de las angustias espirituales de los “teóricos puros” y de los “filósofos auténticos”.

Para los que sustentan y se adhieren a la primera tesis, ideología y teoría son conceptos no sólo diferentes sino divergentes; y para los que suscriben la segunda tesis, ideología y teoría representan las grandes fases del proceso social, las dos partes de un todo armónico. Reducidos así los dos campos de la polémica, trataremos de ensayar un examen crítico de ambas posiciones.

En la primera tesis, sorprendemos una verdad de hecho y de derecho, a saber, que la ideología y la teoría son dos instancias con límites y planos diferentes en cuanto a método y validez en sus postulados. Una trata de sorprender lo intemporal y lo comprensivo sólo por la razón trascendente (teoría) y la otra trata de interpretar el proceso fenoménico, temporal y mutable de los hechos humanos (ideología). Si esto es aceptable y procedente, en cambio conceptuamos que no pueden juzgarse opuestas y contradictorias, por no existir oposición entre la verdad planteada y la verdad aplicada.

En la segunda tesis, no sólo se da una prioridad a la aplicada en la praxis social de las formulaciones teóricas, sino que, con laudable intención de captar la expresión natural, el proceso real y la significación verdadera de los hechos, de las cosas y de los fenómenos humanos y naturales, se concibe los principios teóricos y la visión filosófica, identificados con la génesis misma y el desarrollo de los hechos y acontecimientos, pues como en el caso de las ideologías contemporáneas, capitalismo y comunismo, cada una de ellas está sustentada en bases teóricas y filosóficas que no sólo respaldan la interpretación, el análisis y el tratamiento de los hechos y las relaciones sociales, sino que consideran que la explicación que cada uno de los hechos humanos, se aviene a la naturaleza íntima y a la conducta espontánea de las cosas y de los hombres.

Sin embargo, esto no puede ser una verdad definitiva, puesto que desde el punto de vista ontológico las cosas “están ahí” y desde el punto de vista gnoseológico-relación de conocimiento objeto-sujeto-, los fenómenos y los hechos son y se dan de la única manera que les es dable, pero el hombre, ya sea por sus pre-formulaciones teóricas o por sus pre-juicios ideológicos, interpreta la causalidad y la significación de los mismos no siempre coincidentemente, ya sea por su cada vez creciente capacidad cognoscitiva y por la fecundidad del pensamiento. La imagen del mundo y de las cosas va enriqueciéndose, reduciéndose y cambiando.

Pero, si bien la ideología guarda una cierta y ya explicada diferencia con la teoría, ésta no puede ser en ningún caso de carácter absoluto sino relativa, en tanto la teoría tenga que vérselas con la acción humana y con la praxis social. ¿Pero transformarla a través de qué? No puede ser sino a través de la ideología que es la praxis que aplica los principios teóricos (marxismo) a la realidad concreta de un país y de un momento dado (comunismo).

Es decir, hasta cierto punto, es también la conciencia la que repercute y transforma la realidad. Algo más, puede llegar a crear las condiciones que permitan un salto revolucionario, como el caso de Rusia en que la genialidad de Lenín permitió no solamente transformar esa realidad, sino que previamente creó las condiciones para esa transformación, situaciones que explican las diferencias de planos de ambos conceptos, puesto que una misma teoría puede dar diferentes productos sociales, según la interpretación y la aplicación que los ideólogos hagan de los principios teóricos y filosóficos, la teoría legisla y regula lo que de permanente hay en lo contingente y la ideología interpreta y practica los cánones teóricos ideales en los hechos particulares y contingentes.

Afirmando esta ligazón, que se advierte entre la formulación teórica y su plasmación en la realidad que describe o explica, nos encontramos con la siguiente versión que trae José Ferrater Mora en su *Diccionario de Filosofía*:

Es conveniente destacar el hecho de que la propensión teórica y la formulación teórica no funcionan de la misma manera según se trate de una realidad física o de la realidad humana. Mientras en la primera la teoría no modifica en principio la realidad y pretende ajustarse pulcramente a la misma, en la segunda la teoría puede transformar la realidad sometida a su teorización. Pues la teoría es en tal caso el resultado de una actividad humana relativa a acciones humanas. Así, una teoría sobre la realidad histórica o social no es algo que permanezca al margen de esta realidad, sino que, por el contrario, constituye un hecho de ella y con frecuencia un hecho de subida importancia.

Si recordamos que primariamente el vocablo “teoría” significaba contemplación y por lo tanto se le define como “visión inteligible o contemplación racional” y que actualmente el término “teoría” no equivale exactamente al de “contemplación”, sino al de una construcción intelectual que aparece como resultado del trabajo filosófico o científico (o ambos), concluiremos diciendo que esta construcción ha sido interpretada de muy diversas maneras, especialmente cuando estaba de por medio no ya la visión del mundo y de las cosas, sino entes complejos y problemáticos como son los que se refieren al suceder y al acaecer humano.

Francisco Romero en los *Límites de la Teoría*, refiriéndose al asunto dice: “*La teoría se confunde también con la concepción del mundo y es como la formulación intelectual de la concepción correspondiente*”. Aquí se aprecia la diferencia de planos entre lo “intelectual puro” y la “concepción de la realidad” a base de lo concebido en la teoría y que sirvió, por lo tanto, al muy admirado y estimado maestro argentino para sostener que la vida teórica se oponía a la vida práctica.

Suscribimos, como ya lo hemos sostenido, que la teoría y la práctica se dan en planos diferentes: Una actúa con entes ideales, intemporales y eternos; y la otra con fenómenos, con concreciones que deben ser descritas, explicadas e interpretadas en cada momento y para cada circunstancia, pero lo que no suscribimos es que la vida teórica se oponga a la vida práctica, por que con esta tesis se niega la posibilidad de que la teoría sea capaz de explicar y aprovechar la realidad a la que se refiere y de la que ha surgido, ya que la realidad no sólo es relación de símbolos y coordinada de esencias, sino también relación de hombres en permanente mutación social, en íntima relación con la naturaleza, rodeados de fenómenos que tratan de explicarse racionalmente, mejor dicho, teóricamente.

Luego, la comprensión epistemológica de la teoría en ningún caso puede significar oposición con la praxis, que es su forma ideológica, sino por el contrario una armónica complementación, de la misma manera que, reconociendo la diferencia sustancial que existe entre la ciencia y la técnica, estas no pueden ser opuestas, pues no se puede negar a la técnica un contenido teórico bien o mal aplicado, pero de todas maneras presente en ella.

Tal es el caso del desarrollo de las ciencias físicas y químicas que han llegado al descubrimiento de las fórmulas que, permitiendo el conocimiento profundo de la conducta atómica de la materia, han logrado, con base eminentemente matemática, conseguir la liberación de la energía contenida en el núcleo. Esto es ciencia pura, teoría pura, pero, basados en esta tesis, los técnicos han aplicado estas teorías en la construcción de la bomba atómica al servicio de intereses bélicos y destructivos de la humanidad o de inventos al servicio del bienestar de ella en lo que se ha dado en llamar *átomos para la paz*. Pero, en uno y otro caso, en la aplicación

técnica está comprometida la ciencia, la teoría, aunque los designios ya no tienen que hacer nada con la ciencia y la teoría puras que descubren principios generales.

Asimismo, no se puede negar a la ideología una información teórica y filosófica que apoya su doctrina e inspira su acción, aunque pragmáticamente devenga en absurdos, en incongruencias y en desaciertos, pues ello puede deberse a la inconsecuencia y falta de fidelidad a los principios, a una incompleta y deformada comprensión de la realidad en que se opera, y esto es lo que se viene observando en las teorías socio-económicas de nuestra época y que las teorías están siendo rectificadas o superadas por la realidad de los cambios y de las relaciones humanas y, por lo tanto, son las teorías las que tendrían que revisarse o, en su defecto, crear nuevas bases teóricas que legislen con mayor acierto la metamorfosis de la vida de nuestro tiempo. Esto es dialéctica científica pura, porque concibe la realidad como integración entre el todo y la parte, entre lo real y lo particular y la relación recíproca entre la ciencia y la técnica, entre la teoría y la ideología.

Ahora bien, volviendo al concepto de ideología, Ferrater Mora en su *Diccionario Filosófico* manifiesta: “*que ideólogos fueron llamados una serie de pensadores que partiendo de los análisis de Condillac, pero con orientación distinta, se decidieron particularmente al estudio del origen y constitución de las ideas, derivados del examen de las facultades humanas, quienes del examen de los problemas psicológicos, fisiológicos y lógicos gramaticales, pasaron al campo total de la filosofía y construyeron asimismo una concepción del mundo, una moral y un partido político*”. La ideología tuvo su auge en el siglo XIX en Francia e incluso el Emperador Bonaparte adscribió a la ideología como doctrina general cierto sentido despectivo.

Este desprecio en el Emperador podría ser considerado como la necesidad de poner en ridículo a un movimiento doctrinario que ponía en peligro su estabilidad política. Antiguamente también en pensamiento griego había puesto la teoría y la especulación puras en un “castillo de cristal” desde donde se veía discurrir la realidad como algo subalterno o ilusorio, tal se aprecia en las grandes concepciones de Platón y Aristóteles, que a pesar de sus doctrinas sociales contenidas en *La República*, *Las Leyes* y *El Político*, están son visiones de una humanidad teórica y perfecta en su esencia. Muy diferentes son las concepciones de los Estoicos, quienes fundamentalmente les dan un contenido moral y pragmático a su filosofía, son Escuelas que ya no representan “una identificación con Dios”, “con la verdad”, “con el supremo bien”, etc., como lo entendieron los teóricos de la filosofía, sino que rebajan la preocupación de la mente a meras concepciones ideológicas, lo que les ha valido – con notoria injusticia que es menester reivindicar, el calificativo de escuelas decadentes que marcan el declive de la filosofía Griega. En realidad la filosofía, como esfuerzo de especulación y teoría puras, es laudable y connatural con el sentimiento metafísico del hombre, pero cuyas

formulaciones abstractas tienen necesariamente que vincularse con lo particular, con la vida, con el hombre y sus circunstancias.

En el pensamiento contemporáneo, a pesar de que el problema del hombre ocupa cada vez más un tratamiento especial y una posición que podría denominarse “Antropocéntrica”, pues él como ente metafísico, como creador de cultura y como ente social. Lleva en sí todas las posibilidades y las virtualidades de lo concreto como de lo abstracto, rigiendo para lo concreto –social la ideología, que es necesidad, praxis y programa; y para lo abstracto, la filosofía, la teoría, la metafísica, que es libertad, intemporalidad, eternidad.

Es justamente esta posición ontológica de la filosofía que pretende tener la percepción del ser total, la cosmovisión de la realidad en su plenitud, y que no se puede lograr con las visiones parcializadas de las ciencias, la que ha sido declarada como estéril y de una ambición ociosa por los clásicos del materialismo dialéctico, quienes consideran a la filosofía como la ciencia de las ciencias, situada en la cúspide del conocimiento humano; o como un tejido conjuntivo espiritual que lleva en sí los secretos de la verdad eterna.

Sostiene por el contrario el materialismo marxista, que por haber llegado las ciencias particulares a un mayor y certero conocimiento de la realidad física, natural, social, biológica, psicológica, etc., están resolviendo partes de las preocupaciones filosóficas clásicas y, en consecuencia, restringiendo el campo de lo desconocido que antes se reservaba para una indagación filosófica. Luego, si continuamos por este camino, ¿qué le quedará como propio a la filosofía especulativa y puramente teórica, si las ciencias naturales, culturales y espirituales poco a poco y humildemente van descubriendo los secretos del macro, del megacosmos y del microcosmos?

Entonces, después de esta afirmación del marxismo, ¿en nombre de qué teoría por encima de las ideologías se puede hablar? La respuesta que se impone en rigor es esta: de las teorías y de las filosofías Epistemológicas que buscan las explicaciones de las categorías últimas y de las síntesis de lo particular, es decir, de las intuiciones geniales de las esencias permanentes y de los valores eternos de la realidad que están preocupadas en una problemática mundana.

Y valga el esfuerzo y la pretensión de las “teorías” y las “filosofías”, pues si como con tanta certeza lo dice el marxismo: “No es que existan cosas incognoscibles sino cosas aún no conocidas”, quiere decir entonces que las ciencias, por lo menos hasta este momento, son impotentes para resolver y para responder por todos los enigmas de lo “mundano” y de lo “ultramundano”, quedando pues amplio campo para las indagaciones teóricas y metafísicas de la filosofía.



Cabe citar aquí las palabras de Will Durand en su *Historia de la filosofía*, cuando tratando de reivindicar el verdadero campo de la filosofía dice:

*“La epistemología ha usurpado el terreno de la filosofía Moderna y casi la ha arruinado, con todo se espera que tiempo vendrá en que reconozca que el estudio del proceso del conocimiento pertenezca a la Psicología y en que la filosofía será considerada más bien como interpretación sintética de toda la experiencia misma. El análisis pertenece a la ciencia y nos da el saber; la Filosofía ha de proporcionar una síntesis a la sabiduría”*. Más adelante dice Durand: *“La ciencia consiste en la descripción analítica, la filosofía en la interpretación sintética”*.

Queda pues confirmada la relación de grado y de enfoque entre la ciencia y la filosofía, entre la acción y la concepción, entre zonas, por enfoques parciales; en cambio la filosofía (Teoría) busca la relación de todas las respuestas particulares, para darles significación e interpretación ecuménica; pero la búsqueda de una cosmovisión de tal naturaleza responde a una visión puramente teórica y rigurosa de la filosofía, como objetivo supremo y como ideal que se sabe incolmable para la mente y el espíritu humanos, mas esta búsqueda en ningún caso del Mundo con mayúsculas, ni del mundo con minúsculas, porque para llegar al “Ser” hay que partir del “ente” que esta también afectado de “Ser”.

Se pueden proclamar verdades en nombre de una “teoría pura”, concebidas desde el ángulo oscuro de la meditación metafísica, pero con la más absoluta irresponsabilidad física, psíquica o social. En cambio los llamados ideólogos, corren a diario la terrible prueba de la responsabilidad de confrontar sus tesis con la realidad y con la vida compleja del hombre y van muriendo al lado de sus afirmaciones. De aquí no se puede inferir pues que unos sean eminentemente teóricos y los otros rematadamente prácticos, porque por experiencia social, los ideólogos no pueden actuar con éxito sino tienen tras de sí todo el acerbo de una rigurosa teoría que informe, explique e interprete la dinámica de las relaciones humanas, de la misma manera que la técnica se apoya en los principios de la ciencia y en muchos caso puede rectificarlos, invirtiéndose entonces el mecanismo de la elaboración científica. Como también la teoría puede enriquecerse como consecuencia de su aplicación práctica.

Cuando la filosofía o la teoría extraen de la realidad social nuevos principios que los convierten en “valores” del acontecer social, como sucede con el marxismo, que inspirado en el materialismo dialéctico, le dio un vuelco a la clásica dialéctica hegeliana del idealismo alemán, asentándola en sus pies y adentrándola en la tierra. ¿Podemos afirmar que la filosofía ha perdido prestancia? Rotundamente observamos que ésta no sólo sería una posición injusta sino inhumana, puesto que secularmente la filosofía ha cobrado rango superior a medida que ha sido inquiriendo más profundamente la compleja problemática del hombre y su mundo que ha sido la suprema preocupación del filosofar.

Antes del hombre como idea abstracta o como ente ideal, está el hombre concreto, con un destino históricamente miserable y con un porvenir que depende en mucho de las filosofías y de las teorías que sean capaces de forjar un movimiento ideológico, cuyo humanismo no sea desmentido no por los ilusos “teóricos puros” ni por los “fanáticos” ciegos de razón y huérfanos de sentimientos.

En cambio casi me atrevería a firmar que es la Ideología la que da categoría de verdad a la teoría, y si una teoría no ha dado como fruto el nacimiento de una ideología, no será porque dicha teoría “mantiene incólume su pureza” a través de los cambios temporales de su contorno cósmico, sino únicamente porque puesta a prueba en la piedra de toque de la sociedad, su acción ha sido infecunda. Son hipótesis que no pueden ser ratificadas por la verdad, de la misma forma como hasta hoy hay hipótesis que no han producido ningún efecto, porque no han podido ser aplicadas y menos comprobadas.

Y en aquellas hipótesis sustentadas por mentes poco lúcidas y geniales o por cerebros de teóricos puros que todo lo han diseñado a base de categorías “ideales y lógicas”, han desdeñado la realidad simple, modesta y vital del acontecer humano, dedicándose en cambio a la construcción de arquitecturas filosóficas que no se acomodan a ninguna realidad física ni humana, aunque les queda ancho y acogedor el ámbito metafísico vedado para nuestras limitadas posibilidades de “animales racionales”

Buscan una verdad general, plena, definitiva, sobrepuesta a todo lo fenoménico y aparental, pero siempre se encuentran con átomos, con organismos individuales, con concentraciones humanas y con muchos y más mundos de cosas y de seres, de sustancias y accidentes; pero, limitado, inmutable y único que pretendía Parmenides y todos los parmenídeos de la Filosofía. Solo las religiones con su concepción de Dios, han paralizado la búsqueda y se han postrado de hinojos para adorarle.

Por otra parte, se me ocurre preguntar si en la historia del pensamiento filosófico o científico los teóricos han dado a luz sus principios y sus tesis, sin el entrañable deseo de que ellos puedan ser aplicados ya al campo de la ideología .a al campo de la técnica, puesto que el sentimiento de inmortalidad es el que los ha impulsado a crear para prolongar su existencia a través de todos los cambios temporales.

Y qué mejor proyectarse en la vida misma para vivir eternamente. Creo que no hay uno sólo que escape a esta tentación. Y si hasta la fecha hay quienes permanecen en el campo “virginal y puro de la teoría”, como queriendo sobreponerse al cambio temporal, no será porque hayan logrado librarse del germen contagioso e inevitable de lo real y material, sino simplemente porque sus teorías tienen “tanto valor de verdad” como el principio gnoseológico

que pretende llegar a lo ilimitado a través de una facultad limitada como es la razón del hombre. A estos que buscan lo intemporal y lo eterno como reposo absoluto o como el nirvana de la filosofía hindú habría que gritarles como lo hizo Galileo con la ciencia oficial de su época: pero sin embargo la tierra se mueve.

Con igual afán de eternidad, no sólo la creación eminentemente teórica puede reclamar su derecho de sobrevivir a los cambios con la serenidad apolínea de lo absoluto, sino también las ideologías, como ocurre con el Cristianismo que es pura emoción, misticismo y amor, y sin embargo tiene una vigencia que está desafiando a tantos cambios temporales orientando la vida espiritual de millones de feligreses. Y que nosotros sepamos, al margen de la tesis de la revelación divina, el Cristianismo no ha surgido como consecuencia de una sustentación teórica previa, sino que nació como doctrina, como ideología; es mas tarde, justamente como consecuencia de los requerimientos temporales y de los acontecimientos humanos, que eminentes pensadores y filósofos (San Agustín, Santo Tomas, San Anselmo, etc.) han desplegado no infructuosos esfuerzos para respaldar y fundamentar el dogma con teorías y principios que dieran solides de verdad eterna a los que fue primariamente sentimiento de amor al prójimo y a Dios por sobre todas las cosas.

El cristianismo subsiste con tanto o más fuerza social que la teoría aristotélica, kantiana, hegeliana; por lo tanto, no sólo es la serenidad apolínea propia de ciencia y de la teoría, ya que pervive en el tiempo y en el espacio, sino también el espíritu dionisiaco. Muy otro ha sido el origen del comunismo como ideología y como, praxis social primero surgió la teoría pura con sus fundamentos filosóficos, económicos e históricos, y luego se pusieron a prueba estos principios en la acción social, en la realidad concreta de los hombres organizados en comunidades nacionales.

Resulta pues que ninguna teoría o filosofía puede considerarse completa y plena, sino fecunda una ideología que de alguna manera interprete y explique el devenir social y las relaciones humanas; de igual forma, toda ideología que no éste sustentada en principios teóricos y en hipótesis capaces de resistir el fuego de la comprobación real y concreta en todos los ámbitos y los meridianos de la vida humana, no pasará de ser mas que una ideología falaz, efímera y engañosa. Las ideologías son instrumentos de organización de la vida terrena, de liberación de las miserias humanas y de progreso de las sociedades. Las religiones son doctrinas que sustentan la liberación del espíritu de las cosas mundanas y el derecho a una felicidad eterna en un Mundo metafísico.

Por lo tanto, no es lícito confundir las teorías que expresan una auténtica identificación con el proceso socio natural de nuestro mundo objetivamente considerado, con aquellas teorías carente de toda operancia y aplicación en las cosas del Mundo y que sólo viven en la

esfera de los conceptos puros, transformándolo todo en imágenes “arquetípicas” al estilo del platonismo, que llegan a disuadir y a dispersar la existencia real del hombre.

En aquellas obras de la vida, la fe, la angustia, el dolor y la esperanza como entes reales, concretos, que exigen comprensión y soluciones al más corto plazo. En cambio en éstas la angustia, el dolor, la esperanza y la vida, son meras conceptuaciones, ilusiones y ficciones sobre las que los “Teóricos” y los “Filósofos” especulan ya con dramática sutileza, ya con agudeza trágica, como cuando Schopenhauer sostiene que el dolor humano es justificable y necesario, pues impulsa al hombre al sacrificio y al progreso, abogando por su eficaz existencia.

Así como podemos asegurar que no se concibe una teoría que no lleve consigo un fundamento científico, como tampoco una ciencia-que se precie de tal, que no derive en aplicación técnica. De igual forma tenemos que convenir que no puede aceptarse la existencia de una ideología que no tenga sus antecedentes y sus basamentos teóricos (filosóficos, históricos y económicos), pues toda Ideología, en tanto definición de un orden social, requiere de una estructura orgánica de ideas y principios generales que demarquen la concepción del mundo, la estimación de la vida y la valoración del hombre. Ensayando una razón para graficar más nuestras ideas, podemos decir: Que la teoría es a la Ideología como la ciencia a la técnica; o que la teoría es a la Praxis como el pensamiento a la acción. Sin ciencia no hay técnica y sin Teoría no hay Ideología, La practica torpe, sin sentido y sin destino o de una acción ciega sin plan y sin concierto.

Entre la teoría y la Ideología correspondiente y viceversa, no sólo que no hay sino que no puede haber oposición, puesto que la una (Ideología) deriva de la otra (teoría), o ésta (teoría), es fundamento de la otra (Ideología). Podrá haber oposición entre una Teoría y una Ideología que no es su consecuente; por ejemplo: Entre la teoría burguesa del capital y la ideología comunista, pero no entre el comunismo como ideología y el materialismo dialéctico que es su fundamento teórico.

Se puede dar el caso de Ideologías diversas, inspiradas en un mismo tronco teórico y filosófico: socialismo, anarquismo, comunismo, trotskismo, etc., emergentes de la concepción materialista; o social cristiano, liberalismo, etc., inspiradas de las concepciones idealistas y espiritualistas, pero estas diferencias y divergencias no son producto de su oposición con sus antecedentes teóricos, sino formas de interpretación y de aplicación en la realidad temporal y social de los principios generales, según las circunstancias, las mentalidades, la idiosincrasia, la época y la consecuencia de los ideólogos. Incluso una misma ideología puede dar lugar a diferentes sectas ideológicas o doctrinarias, tal el caso del cristianismo, que a pesar del esfuerzo desplegado por los Padres de la Iglesia para fundamentar teóricamente la verdad del

dogma católico, ha derivado en sectas que reclaman para sí la verdad de su credo: Iglesia del Séptimo Día, la Ortodoxa Griega, la Iglesia Evangélica, etc.

No puede haber pues contradicción ni minisvalor entre la ideología y su correspondiente teoría. La teoría no rebaja su categoría cuando da basamento a una ideología, aunque la escribamos con minúsculas; muy por el contrario, cobra aun mayor valor y vigencia, se arraiga en la vida y se convierte en imágenes significativas en el cerebro del hombre, es decir, se immortaliza, porque el sentido de inmortalidad, de eternidad, se gana no trascendiendo la miseria de la vida, las cosas humildes que forman el mundo de los hombres, poniéndose al margen del devenir y del cambio de los entes, sino prendiéndose para siempre de las cosas, fundiéndose con los sentimientos, con los deseos y con las flaquezas de la vida, identificándose con el dolor y con la esperanza de los hombres.

Así han ganado la inmortalidad los filósofos, los santos y los hombres de ciencia, pues como dice Hartmann: fundamentando la primacía de lo real por sobre la apariencia fenoménica y la vinculación entre el sujeto y el mundo como base de la relación de conocimiento: *“No basta hoy con volver a los fenómenos, como Husserl lo exige. Tenemos que volver a la tierra, a la vida. No necesitamos, ciertamente, “Una nueva filosofía de la vida”, que seria, una vez más, un modo de filosofar “Sobre ella”. Necesitamos, en cambio, una filosofía que proceda “de” la vida-no del gabinete de estudio- Menos, continua Hartmann, una filosofía que sea preparación para la muerte, como lo quería Platón”*. (Citado por Emilio Estiú en la *Introducción a la nueva Ontología* de Nicolai Hartmann).

Efectivamente, la humanidad aquejada con tanta miseria material y moral, con un lastre de soberbia que nos retiene a aceptar, sin mengua de nuestra dignidad, la mano amiga de una ayuda humilde, y con una abulia suicida y una envidia que consterna a la razón serena, tan bien simbolizada por la conciencia popular como “El perro del hortelano que no come ni deja comer”, pero también con tanta carga de potencialidades para regenerarse, con indiscutibles reservas morales para jalonar su perfeccionamiento y con virtualidades que la honran: Genios, santos héroes, mártires, sabios; y con obras portentosas y maravillosas: Cultura, civilización, técnica, ciencia, arte, requieren no una filosofía sobre la muerte o para la muerte, como Sócrates y Platón con esfuerzos dignos de mejor causa lo señalan en el diálogo *El Fedón*, postulando que el fin del Filósofo en la vida era prepararse para la muerte, y justamente Sócrates, dando ejemplo a sus discípulos, después de beber la cicuta, murió con serenidad apolínea.

Es digna de admiración la obra platónica, el despliegue de entusiasmo dialéctico por buscar un mejor fin a las cosas del mundo, un fin más digno para las cosas que amaba, pero

el hombre requería, como lo sigue requiriendo ahora, de una filosofía para la vida, para su acción temporal, para la dignificación de su momento histórico, Es cierto que el mismo Platón, en ese monumento de su genio que se llama *La República*, delineó un mundo ideal conforme deberían organizarse las sociedades y vivir los hombres, pero era tan ideal que los políticos y los intereses de su época trataron de ignorarlo, y cuando en Siracusa quiso poner en práctica sus ideas, el tirano Dionisio lo expulsó del territorio y luego fue vendido como esclavo.

El propio Aristóteles en *El Político*, ensaya también los modelos de una lógica como perfecta organización social, con mayor realidad que Platón, pues dio prioridad a la célula familiar que en la concepción platónica quedaba supeditada a la organización estatal, pero desgraciadamente, en un “Mundo de filósofos” como fue Grecia, los filósofos no fueron tomados en cuenta en la organización social de su época, pero jamás ha sido posible conciliar los apetitos ni armonizar los intereses porque el “hombre ha vivido siempre como lobo del hombre”. Pero si bien es cierto que la propia Grecia no supo aprovechar el pensamiento de sus filósofos y de sus teóricos y aunque la Edad Moderna tardíamente va a conocer la obra de los dos más grandes portentos de la Filosofía Griega: Platón y Aristóteles-ya estaban en procesos de formación y delimitación las nacionalidades-, es indudable que la posteridad ha inspirado la organización de sus instituciones sociales, políticas, económicas, etc., a partir de las fuentes clásicas de Grecia y de Roma, sin desestimar lo peculiar y personal que cada nación y época ha puesto en el quehacer político social.

Esto demuestra la indiscutible ligazón que existe entre lo teórico y lo práctico, entre la filosofía y la ideología. Para confirmar esta aseveración, basta con comprobar por ejemplo, que todo el movimiento ideológico de la burguesía, se apoya en las concepciones teóricas y filosóficas del Idealismo, así como comunismo y el socialismo de nuestra época, se respaldan en el aporte filosófico del Materialismo Dialéctico y en las teorías de Marx y Engels. Aristóteles, San Agustín y Kant, son filósofos puros y auténticos; Pericles, León XIII y Lassalle, solo a guisa de ejemplo, son ideólogos. Adán Smith, Rousseau y Carlos Marx son teóricos; Napoleón, Lenin y Mariátegui son ideólogos que trataron de soldar los principios con la praxis, las ideas con la realidad social.

Entendemos pues las ideologías como la expresión e interpretación de una realidad social con arreglo a principios filosóficos y teóricos que se adecuan en unos casos a la conciencia de los ideólogos, que reflejan ciertos intereses de grupos, sectores o clases sociales; o a la naturaleza de las cosas, a las exigencias de la época y a las necesidades de clase social y cuya táctica y estrategia está dada por principios teóricos que se sienten identificados con sus exigencias.

Al margen de las ideas matrices que sobre el particular sostiene Condillac sobre el origen y constitución de las ideas, etc., la experiencia demuestra que en el proceso ideológico, aparte de la fundamental importancia que juegan las fuentes inspiradoras filosóficas y teóricas, los movimientos ideológicos se enriquecen, cobran fisonomía propia y se enraízan en las entrañas de una realidad concreta, a medida que van aplicándose en diferentes épocas, realidades, países y generaciones. Así, la concepción general del capitalismo es una, pero las burguesías nacionales han ido poniéndole el sello propio de su idiosincrasia y de sus requerimientos, con pugnas y guerras por predominio de mercados. De la misma forma el comunismo internacional tiene una raíz común, sin embargo los ideólogos rusos, chinos, yugoslavos y cubanos están aplicando con su propio sabor y conforme al espíritu de su pueblo la teoría marxista.

De aquí se deduce que no puede haber ideología sin teoría, aunque sí, como ya ha quedado demostrado en este trabajo, teoría sin ideología, pero también queda demostrado que las teorías, las filosofías y los pensamientos solo cobran valor y vida, fuerza e inmortalidad, cuando se engarzan con las necesidades humanas, con la realidad social, con el alma de los pueblos. La Ideología le proporciona personalidad a la teoría, la teoría imprime categoría a la ideología, que es fenómeno que está plasmando la personalidad filosófica de América Latina como síntesis de su realidad social, racial y antropológica.





Bruno Portugal

*"Ave Sol"*